

LA FAMILIA ANTE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Ana Belén Ruiz Montero
Luz Vergara Gutiérrez

1. Introducción

Como medios de comunicación se entiende cualquier sistema de transmisión de información a un público numeroso y heterogéneo. Entre ellos se encuentra por ejemplo la televisión, la radio y la prensa. También se pueden distinguir una serie de medios audiovisuales de actualidad que podrían ser considerados como medios de comunicación. Entre ellos estarían el ordenador, el cine, Internet, etc...

Todos ellos aportan información de muy distinta manera. Sin ir más lejos, en la narración de una historia por ejemplo, ya presentan diferencias muy significativas: en la televisión se proporcionan imágenes y sonidos, incluso efectos especiales, aunque el guión no es tan completo o exhaustivo como el de la radio, ya que no es tan necesario porque se ve complementado por las imágenes. En la radio sin embargo, se aporta por una parte la narración y por otra los efectos sonoros (voces de los personajes,...), pero no la imagen. Y en una narración escrita sólo tendríamos el guión de la historia. Así, en esta última, se permite desarrollar la imaginación acerca de la apariencia de los contextos en que transcurre el relato, cómo son los personajes, sus voces, etc. La historia por radio sólo desarrollaría la creatividad acerca de las imágenes visuales -tanto de los contextos como de los personajes, situaciones...-; y en la televisión nos darían la historia por completo, con sus respectivas imágenes y sonidos, por lo que el televidente no se tendría que parar a imaginar o sacar de su propia cosecha nada acerca de la misma. Esto no quiere decir que la televisión atrofie o no estimule la imaginación.

De este ejemplo se pueden extraer las características perceptivas propias de los más importantes medios de comunicación. Estas son:

La *radio* proporciona solamente información auditiva, y fundamentalmente verbal. El discurso es más elaborado y descriptivo que el de otros medios, pero por contrapartida requiere una mayor activación de los recursos atencionales. Esto hace que se ponga en marcha un mayor grado de imaginación a nivel perceptivo, cognitivo...

La *prensa* o cualquier otro tipo de información escrita, requiere un mayor conocimiento del lenguaje, y más concretamente del lenguaje escrito. Es más formal ya que en la mayoría de los casos no se utiliza un lenguaje coloquial, y hay una mayor riqueza a nivel descriptivo.

La *televisión* es el medio que aporta mayor riqueza perceptiva, ya que proporciona información audiovisual. Es el más completo, porque además del lenguaje verbal, gracias a las imágenes añade también información no verbal.

Todas estas formas de comunicar información, hacen que se la perciba de manera distinta según se haya recibido. Al percibirla cada persona, la codifica y hace suya de muy distinta forma, por eso son tan enriquecedores todos los medios de comunicación: hacen funcionar la vista, la comprensión, audición, ...

En los niños la importancia es aún mayor, porque no solamente están recibiendo información, sino que se les está estimulando, y con esto ayudando a desarrollar sus propios sentidos y capacidades. Al leer un libro desarrollan su vista, su capacidad y comprensión lectora; al escuchar la radio, además de la audición, también pueden ir desarrollando sus habilidades para razonar; y al ver la televisión están estimulando su visión, su audición, su comprensión y relación entre lo que escuchan y lo que ven, ... y además de toda esta riqueza estimular, también se les está incitando a desarrollar su imaginación como se ha mencionado anteriormente.

Todos los medios de comunicación, sean cuales sean sus características, afectan en mayor o menor medida a la dinámica familiar; tanto a la familia como sistema de conjunto, como a cada miembro que compone esta unidad. Además esta influencia no es unidireccional sino bidireccional, ya que la familia o sus miembros individualmente median el efecto que producen o pretenden producir los medios de comunicación. En general esta capacidad de influencia se debe en gran parte a su expansión y difusión en todos los ámbitos -conocida es la manipulación que ejerce la publicidad subliminal, que ejerce su efecto sobre las personas sin que éstas se den cuenta de ello-.

En los niños, además de esta omnipresencia, la influencia de los medios de comunicación se ve incrementada por la disponibilidad permanente de los mismos -a diferencia de algunos padres, que por una razón u otra puede que no estén tan disponibles para sus hijos-, y sobre todo por la enorme influenciabilidad que caracteriza a la infancia, ya que están en una etapa muy receptiva, dirigidos hacia la información, para aprender, y lo hacen en buen grado mediante la imitación de modelos. Por esta misma razón, el efecto de los medios de comunicación en los niños según como se medie el mismo, puede ser positivo o negativo, ya que ligada a la receptividad propia de la niñez, también está una incapacidad temprana para discernir entre la realidad y la fantasía, entre lo correcto y lo incorrecto. En este punto es necesario recalcar el importante y decisivo papel de los padres, que deben aclarar en todo momento a sus hijos lo que de verdad y de mentira, y de bueno o malo tiene lo que están recibiendo mediante los medios de comunicación.

El medio de comunicación más influyente en el núcleo familiar es la televisión, ya que en la mayoría de los casos es el que más se utiliza conjuntamente por los miembros de la

familia. Esta importancia se ve reflejada en el hecho de que los distintos componentes de la familia se distribuyen en la sala de estar en función de donde esté colocada la televisión. Incluso en algunos casos, se aprecia una clara jerarquía de la organización familiar según el mejor o peor sitio que tengan para ver la televisión. Además, pongámonos en la situación de tener que amueblar la sala de estar: ¿cuál es habitualmente el primer mueble que tenemos que saber dónde colocar para a partir de ahí distribuir los demás en la habitación? ¿quizá sea la televisión?. Por estos motivos, las siguientes páginas se centrarán en la influencia de la televisión en concreto, sobre la familia.

La televisión, como medio de entretenimiento, es muy útil a la familia, aunque puede reducir el tiempo de convivencia en sí y de conversación entre sus miembros. La utilidad se basa, por una parte, en que entretiene y descansa -ayudando a olvidar las obligaciones y cansancio de todo el día-, es el medio de recreación más barato, y el único para las clases sociales pobres, permite conocer y observar cosas a las que normalmente no podríamos llegar por nuestros medios, y el acceso a conocimientos científicos, culturales e históricos. Otra utilidad de la televisión es que estimula la fantasía y el conocimiento, aumentando la información y ayudando a desarrollar la curiosidad e imaginación, ampliando con esto la visión del mundo. Además, la televisión, es una buena compañía para las personas cuando están solas, fomenta la empatía hacia nuestros personajes favoritos y enseña a convivir, ya que es un medio excelente para dar a conocer valores humanos. Otro punto a favor de este medio, es que no se necesitan conocimientos previos para disfrutar de él, sino que está a la disposición de cualquier tipo de persona, y es un medio de difusión de cultura siempre a la mano. Por último, habría que mencionar que actualmente la televisión se está convirtiendo en parte integrante de la vida familiar. Es un instrumento que sirve para fomentar el diálogo en la familia (al comentar sus programas, por ejemplo), aunque siempre es preferible que padres e hijos jueguen y hablen entre ellos, antes que ver juntos la programación de la televisión. Además, puede ser potenciadora de una mejor calidad de vida en la familia si se seleccionan bien los programas a ver. A destacar es también la utilidad de la televisión para educar a los hijos tanto formal como informalmente. (Todos estos puntos sobre los aspectos positivos de la televisión están sacados del libro "Televisión y Familia" de Jorge Yarce, 1993).

Una vez introducidos los medios de comunicación -y en concreto la televisión- en relación con la familia y sus miembros, se pasará a continuación a especificar las distintas influencias que ejerce la televisión sobre los hijos cuando éstos son niños en primer lugar, y más adelante cuando se hacen adolescentes. Para finalizar, se proporcionarán una serie de consejos para la buena utilización y disfrute de la televisión en familia.

2. Infancia y televisión

Los primeros años en la vida de las personas están orientados básicamente hacia la obtención de conocimiento. Es una época en la que se tienen todos los sentidos activados en grado máximo provocando una entrada masiva de información. Por eso mismo se suele decir que la mejor etapa para aprender es la niñez, porque los niños están ansiosos por conocerlo todo, por llegar a poder explicar la complejidad del mundo que les rodea, y ponen todo su afán y recursos para conseguirlo. Esta búsqueda de información se debe principalmente al

hecho de que los niños se encuentran en una fase de desarrollo personal y cognitivo por lo que necesitan de esta información exterior para ir completándose a sí mismos.

Uno de los mecanismos que más frecuentemente se utilizan en la formación de la personalidad es la *identificación* -hacer propias las características, valores y expectativas de otra persona-. Esta identificación comienza en la infancia temprana en la figura de los padres, que son las personas más cercanas al niño. Éstos se convierten en sus ídolos, y son para ellos el modelo de personas que les gustaría ser de mayores. Pero más tarde los padres pierden ese protagonismo ya que los niños empiezan a desenvolverse en otros ámbitos, no sólo en la familia: la escuela, los amigos de la calle, el equipo de fútbol,... y por supuesto la televisión. En este momento es cuando surgen en el niño los ídolos televisivos. Tienen sus series preferidas y dentro de éstas, su personaje favorito, aquél al que se quieren parecer, y por tanto quieren hacer todo lo que su ídolo haga. El problema aparece cuando estas series emiten muchos contenidos violentos, ya que, debido a que los niños repiten lo que han visto por la televisión, repetirían entonces estos comportamientos violentos en sus relaciones cotidianas. Así, si la actividad de su héroe se basa en defender el bien mediante la lucha, el niño lo extrapola a su propia vida, y ve las peleas como único medio para resolver sus pequeños conflictos, por ejemplo, con compañeros del colegio. Por esta causa está totalmente justificada la pugna que sostienen muchas asociaciones y colectivos en el intento de eliminar todos estos contenidos agresivos de la televisión. Por su parte, la función de los padres ante esto, sería enseñarle a sus hijos que los problemas pueden resolverse hablando y no mediante la lucha. Esta función de los padres queda corroborada con la postura de Bandura (1973) ante la violencia televisiva, donde postula que estos contenidos inducirán comportamientos agresivos sólo en circunstancias tales como que el niño categorice estos actos violentos como legítimos o no prohibidos; momento en el que entran en juego los padres.

En líneas generales, si tenemos en cuenta la Teoría Especular de la Personalidad de Lacan, en la que se considera que el niño es un espejo en el que se van reflejando todas las personas que son relevantes para él; y además la Teoría del Aprendizaje por observación de Bandura -el comportamiento humano y aprendizaje se ven moldeados por la observación de unos modelos socialmente idóneos-, es indiscutible que la televisión como medio integrado totalmente en la vida del niño, ejerce una importante influencia en la construcción de su personalidad. Pero por otro lado, es importantísimo destacar el papel fundamental que ejercen los padres como mediadores de esta influencia. En este sentido, el niño aceptará más como verdaderos los contenidos por televisión siempre y cuando ésta sea un factor muy importante en su vida; es decir, si la televisión es la puerta por la que el niño se pone en contacto con la realidad, con las emociones, los sentimientos, los demás, y con él mismo, tendrá mucha influencia en su formación. Sin embargo, si este niño comparte además de ésta, distintas formas de interacción, ya sea con sus padres, hermanos, o grupo de iguales, su personalidad tendrá una mayor riqueza y no será tan notoria la aportación televisiva.

Por otra parte, y mostrando algún aspecto positivo de este medio de comunicación, se puede decir que los programas dirigidos a los más pequeños de la casa contribuyen de forma muy adecuada a la educación formal y no formal de éstos. En los programas de este tipo podemos ver como son capaces de captar perfectamente la atención de los niños, cuidando con muchísimo detalle la forma de presentar tanto los contextos como los contenidos. De esta

forma son capaces de conectar con los niños mostrando unos personajes con una riqueza estimular muy atrayente para ellos. Los niños no necesitan que sus personajes sean personas reales, ni que sean altos o guapos, sino que se dejan llevar más intuitivamente; mejor dicho más perceptivamente -colores, formas, tamaños, además de que les llame la atención por sus voces alegres, movimientos, canciones,...-. De ahí, que por ejemplo, los Teletubbies tengan tan generalizado entre los niños de nuestro país.

Pero en cuanto a la presentación de los contenidos también tiene su porqué. Son formatos en los que se combinan perfectamente los contenidos educativos verbales con un soporte visual de fácil comprensión y familiaridad. Ésta es una de las estrategias pedagógicas más extendidas; consiste en proporcionar la misma información -el mismo contenido- mediante distintas vías perceptivas sensoriales, con lo que se consigue una mayor fuerza de asociación entre los contenidos, gracias a la reiteración de estos. Pero no hay que olvidar que aunque se intente supervisar todo aquello que se emite, hay cosas que se escapan a este control. A veces se fomentan una serie de comportamientos, creencias, valores o pensamientos que en un principio no pretendían, por parte de los responsables, ese fin; sino que han pasado desapercibidos. También puede haber ocurrido que el niño halla realizado una percepción o codificación errónea de la información -por ejemplo, pensemos en la situación de unos dibujos animados en los que se ve unos niños jugando en un parque: los niños juegan al fútbol y las niñas a las muñecas. Esto podría fomentar la estereotipación de los roles sexuales en los niños, cuando sería más conveniente que niños y niñas apareciesen jugando juntos-. O quizás puede suceder también que nadie le explique que bajo determinadas circunstancias hay comportamientos que pueden ser aceptados, mientras que bajo otras no deben ni siquiera considerarse¹.

Por este motivo los padres, y la familia en conjunto, debe controlar el uso que se hace de la televisión principalmente por parte de los niños. Los niños pequeños aún están formando su yo, con lo que necesitan de una supervisión externa sobre todo en lo que se refiere a las normas morales. Y como dice la corriente psicoanalítica, en la infancia es cuando se va formando la conciencia moral (*superyo*) a partir de las normas de las principales figuras de apego para el niño. De esta forma puede ocurrir que en niños pertenecientes a familias donde no queda suficientemente explícita esta serie de normas morales, sea la televisión uno de los modelos a seguir por los pequeños en cuanto al desarrollo de la moralidad. Esto no es demasiado inconveniente siempre y cuando los contenidos de los programas que el niño ve fomenten unos valores positivos. Pero como se comentaba anteriormente, a veces los niños no alcanzan el desarrollo cognitivo suficiente para entender determinadas cosas, de manera que si no tienen a alguien que se dé cuenta de esto y sea capaz de explicárselas, estos niños estarán desarrollando un *superyo* con una serie de normas inadecuadas.

Como último punto referente a la infancia, se desearía hacer una llamada de atención sobre lo pernicioso que puede resultar el abuso de la televisión. El excesivo uso de la misma conlleva una serie de síntomas que dificultan la actividad cotidiana del niño así como su capacidad de relación. Dentro de ellos podrían destacarse los siguientes:

¹ Téngase en cuenta a modo de ejemplo las conductas agresivas citadas anteriormente.

- Aislamiento, introspección, dificultad para relacionarse con los demás y merma de las habilidades sociales.
- Parálisis de la creatividad, obstaculizando el desarrollo del pensamiento divergente.
- Disminución de la capacidad para pensar.
- Pérdida del gusto por la lectura y el estudio.
- Pasividad y dificultad para desarrollar virtudes.
- Bajo rendimiento escolar.

3. Adolescencia y televisión

La vida del adolescente está marcada de conflictos que, aunque no sean de gran envergadura, le influyen de buena manera en su fuero interno. Estos conflictos, ocasionados mayormente en las relaciones con sus padres por las distintas expectativas que ambos presentan acerca de diversos temas, se ven alimentados por la influencia de la televisión.

Los adolescentes, como norma general y debido a su mayor desarrollo cognitivo, dejan de centrar su vida en las experiencias externas para centrarse en su interior, en sus propios pensamientos y sentimientos, practicando continuamente la abstracción y la introspección. También a causa de este avance cognitivo, presentan una selectividad atencional hacia ciertos programas de la televisión, desechando otros, de modo que ya no se conforman con ver cualquier cosa, sino que tienen sus preferencias, referidas principalmente a series que presentan la vida de otros adolescentes y sus relaciones interpersonales; de personas de su misma edad y sus mismos problemas con los que se sienten identificados.

Si tenemos en cuenta que la adolescencia es una etapa de exploración -para configurar definitivamente su personalidad-, en la que los chicos sienten la necesidad de experimentar, de probarlo todo en sus propias carnes, de vivir al límite y disfrutar cada momento, lo que conlleva muchos riesgos de los que no son conscientes, estos programas televisivos pueden ser muy positivos en el sentido de que les enseñan la vida sin tener que experimentarlas por ellos mismos, pudiéndoles evitar el propósito de querer realizar actividades algo peligrosas porque ya conocen sus consecuencias a través de la televisión.

Pero por otro lado, hay muchas otras series sobre adolescentes que se emiten por televisión que muestran comportamientos excesivamente desinhibidos, tanto social como sexualmente, y una invitación a la experimentación de actividades que implican riesgos para los adolescentes. A todo esto se le suma que no suelen llevar emparejadas las consecuencias reales y propias de estos actos, con lo que alimentan la *fábula personal* del joven, de la que hablaba Elkind. Nos estamos refiriendo en concreto a escenas, que en busca de la experimentación propia de la adolescencia, muestran demasiado sexo y violencia como forma de diversión sin conectarlo con sus consecuencias. Respecto al sexo, estas escenas pueden provocar, en mentes poco maduras, desórdenes sobre las conductas sexuales posteriores, además de los ya conocidos embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual (porque además no se suele fomentar en estas series el tomar las medidas anticonceptivas necesarias). Y las acciones delictivas que se muestran como formas de diversión tampoco suelen ir ligadas a sus nefastas consecuencias como puede ser el ir a la cárcel, o simplemente el daño que pueden

estar ocasionando a otra persona tanto directa como indirectamente. En conclusión, estas series son perjudiciales para los adolescentes porque muestran una visión distorsionada de la realidad, además de incitar a la realización de actos negativos para estos chicos.

Otro fenómeno interesante a destacar en esta etapa y que se presenta a través de los medios de comunicación -fundamentalmente a través de la televisión-, es el fenómeno de los «fans», o mejor dicho, de los ídolos juveniles. Ya se comentó en un apartado anterior, que en la vida del niño, en un principio, sus principales figuras de apego y sus ídolos son los padres. Más tarde va trasladándose hacia héroes de ficción, personajes de los dibujos animados...; pero lo que ocurre durante la adolescencia es totalmente distinto. Se produce una desvinculación emocional del hijo hacia los padres, consecuencia de sus cambios físicos, psíquicos y emocionales, pasándose a un acercamiento al grupo de iguales. Estos cambios provocan en el chico una necesidad de autonomía emocional y cognitiva, ocasionando disputas entre padres e hijos debido a los distintos puntos de vista acerca de los temas que les conciernen: forma de vestir, hora de llegar a casa, amigos,... En consecuencia, los padres ya no son los ídolos de sus hijos. Según el psicoanalista Peter Blos, esto crea un vacío emocional en los adolescentes que tiene que rellenarse mediante ciertos comportamientos regresivos, como es el fenómeno de los ídolos. Estos ídolos televisivos son cantantes, actores e incluso grupos musicales enteros que llenan la vida del adolescente y le hacen que toda su vida gire en torno a ellos, influyéndoles de tal manera que visten como ellos, hablan como ellos, piensan como ellos,... quieren ser como ellos. Este comportamiento, fomentado por los medios de comunicación, es, y cada vez más, un fenómeno de masas que mueve a miles y miles de adolescentes, pero en su trasfondo no encierra nada negativo para estos chicos -a no ser que sus ídolos presenten valores negativos-, por lo que no tienen porqué influir negativamente en las relaciones familiares.

4. ¿Qué deben hacer los padres?

Como ya se ha comentado anteriormente, la televisión se ha convertido en la actualidad en parte de la vida familiar. Es una forma más de convivencia en la familia, pero aún así es preferible siempre una interacción de tipo más directo entre padres e hijos, como por ejemplo jugar con ellos, compartir distintas actividades, las vivencias del día a día, salir al campo de excursión...

La televisión puede tener repercusiones negativas en el medio familiar, y de esto han de ser conscientes los padres. Ciertos programas pueden emitir estilos de vida poco acordes con las costumbres de la familia, o con la forma de pensar de los padres, lo que puede influir en los hijos, que, con poco criterio, pueden querer comportarse de esa manera, ocasionando así conflictos entre padres e hijos. Además, el estar «embobados» ante la tele, es de todos sabido que merma las relaciones familiares, quita tiempo de convivencia. Debido a todo esto, los padres deben tomar conciencia de su responsabilidad ante la influencia de la televisión en sus hogares, al margen de los esfuerzos que muchos psicólogos, pedagogos, productores, guionistas y demás profesionales de la televisión hagan en el cometido de conseguir unos buenos programas educativos para los niños.

Dicho todo esto, se pasará a continuación a especificar una serie de recomendaciones para los padres en la búsqueda de una buena utilización de la televisión que fomente sus aspectos positivos -informativos, culturales, afiliativos, recreativos, etc- y elimine los negativos. Los consejos que se enumerarán tendrán a su vez que ser adaptados al estilo de vida de cada familia. Las recomendaciones son las siguientes:

- Los padres han de hacer un esfuerzo por conocer los programas que ven más sus hijos, aquellos que más les gustan, para valorar si son o no buenos para ellos. Lo pueden hacer viendo conjuntamente con ellos sus programas favoritos, por ejemplo. También se puede averiguar, aunque no sea una experiencia personal, comentando con otros padres, vecinos o amigos cuáles son los programas que ellos ven y que ven sus hijos, y que les cuenten someramente de qué tratan, los valores que muestran, y si son buenos o no para los niños. Otra forma sería preguntar directamente a sus hijos sobre el contenido de estos programas o series, y que éstos les cuenten qué es lo que más les gusta de ellos y por qué. Yarce habla de que los padres han de revisar las guías de TV, leer las sinopsis de los programas y a partir de esto, establecer una «programación permitida» para sus hijos; aunque esta postura podría ser considerada demasiado excesiva.

En definitiva, los padres han de conocer los programas que ven sus hijos para establecer cuáles pueden ver y cuáles no.

- Una vez que los padres conocen los programas que son enriquecedores para sus hijos, han de fomentar también en ellos una actitud selectiva hacia los programas que ven en televisión, para que por sí mismos sepan elegir lo que es bueno para ellos. Es decir, el niño no debe ser un receptor pasivo ante la televisión, sino que al ir madurando ha de aprender, gracias al ejemplo de los padres, a seleccionar él mismo la programación que va a ver.
- Los padres, además, han de procurar que haya un consenso a la hora de ver la televisión, que se vean los programas que gustan a todos los miembros de la familia. Han de predicar con su propio ejemplo el ceder ante los deseos de los demás -promoviendo la tolerancia en sus hijos- y renunciar a veces a los programas que prefieren a favor de sus hijos. Deben adaptarse un poco a ellos, y por supuesto, evitar ver películas de contenido demasiado fuerte para los niños.
- Un punto muy importante a recalcar son las aclaraciones que los padres deben hacer a sus hijos en todo momento ante contenidos que les pueden resultar confusos o contradictorios. Han de hacerles ver que las cosas no son exactamente como «se lo pintan» por la televisión, y hacerles distinguir entre la realidad y la ficción, y por supuesto entre lo bueno y lo malo, lo correcto e incorrecto, dándoles ellos ante todo sus correspondientes explicaciones.
- Muchos autores también consideran necesario que el televisor no se encuentre en los dormitorios, y menos aún en los de los hijos, coinciden en que el mejor lugar para ubicar el televisor es la sala de estar, para así disfrutar de ella en familia. Si se encuentra en el comedor, se recomienda además, apagarla a la hora de comer para fomentar el diálogo en la familia.
- Es recomendable establecer normas en torno a la utilización de la televisión. Normas tales como por ejemplo, que los hijos no puedan verla hasta que no hayan acabado sus deberes del colegio o haber ayudado en las tareas de la casa. Además, debe haber un horario establecido para ver la televisión, del que no pueden excederse a no ser en

contadas y excepcionales ocasiones. Al igual que los niños han de tener una hora fijada para acostarse, también la han de respetar para ver la televisión, ya que a determinadas horas se empiezan a emitir ciertos programas calificados de «para mayores», y que no son recomendables para los niños.

Como conclusión final a estos comentarios se desea recalcar que, aunque la televisión puede ser un instrumento sumamente negativo para el ambiente familiar y sus miembros, si los padres son capaces de promover una buena utilización de la misma, la televisión será un medio muy enriquecedor para todos.

Bibliografía

- BROWN, L.K. (1991): *Cómo utilizar bien los medio de comunicación: Manual para los padres y maestros*. Madrid, Visor.
- LEÓN RUBIO, J.M.; BARRIGA, S.; GÓMEZ, T.; GONZÁLEZ, B.; MEDINA, S.; CANTERO, F.J. (1998): *Psicología social. Orientaciones teóricas y ejercicios prácticos*. Madrid, McGraw-Hill.
- MORENO GARCÍA, J.M. (1967): *El tiempo libre de nuestros hijos*. Folleto nº 5 publicado por el Banco de Vizcaya. Bilbao.
- PALACIOS, J.; MARCHESI, A.; COLL, C. (Comp.) (1999): *Desarrollo psicológico y educación, Volumen II: Psicología Evolutiva*. (2ª edición). Madrid, Alianza.
- PEYRÚ, G.M. (1993): *Papá, ¿puedo ver la tele?*. Buenos Aires, Paidós.
- YARCE, J. (1992): *Televisión y Familia*. Madrid, Palabra.